

interior no presenta mas que una ó muchas puntas del monte ignívomo completamente aisladas?

5. NATURALES DE LA ISLA DE VALAM.

La isla de Valam (1) está situada á los cinco grados, veinte y un minutos y veinte y cinco segundos de latitud Norte, y ciento setenta grados y treinta y siete minutos y cuarenta y siete segundos de longitud Este, en el centro poco mas ó menos de la serie de las tierras pobladas por la raza mongolopelagiana. Aunque estuvimos poco tiempo en Valam, los pormenores que adquirimos acerca de los habitantes tendrán algun interés, y probarán que no hay entre ellos y los verdaderos oceánicos ninguna analogía de conformacion fisica y hábitos morales.

Nos pareció que los habitantes de Valam tienen costumbres suaves y benévolas, que no conocen la guerra y sus desastres, y que viven en paz de las producciones vegetales que abundantemente produce su isla. Todo manifiesta en ellos aquellas costumbres de una naturaleza sencilla y primitiva, cuyo cuadro nos seduce aun cuando leemos las relaciones de los viajeros del siglo XVI. Efectivamente, parece que no tienen costumbres sanguinarias, y en sus instrumentos nada anuncia que hayan tratado de hacer armas de ellos. Situados en una posicion aislada sobre una isla alta que basta con exceso á cubrir sus necesidades, ignorando quiénes sean sus mas próximos vecinos, pasan en la indolencia una vida que no conoce posicion mas feliz ni suerte mas suave. A la estupefaccion extraordinaria que nuestra vista y nues-

(1) Para mas amplios detalles, consúltese la *Noticia sobre la isla de Valam* por R. P. Lesson, *Journal des Voyages*, t. 26, pág. 129 y 273, mayo y junio de 1825.

tros menores gestos les inspiraban cuando llegamos, cuando abordamos allí por primera vez, es evidente que no habian visto jamás europeos en su isla, y que somos los primeros que han permanecido entre ellos algun tiempo. La sorpresa que les causó el buque cuando lo miraron de cerca, la novedad que nuestros vestidos, nuestras costumbres, nuestra piel blanca comunicaban á su alma, perjudicaron mucho los primeros dias á nuestras investigaciones, y nuestras observaciones no pudieron menos de ser superficiales; pero lo poco que sabemos de ellos es interesante. Cuando llegábamos á una cabaña, el primer movimiento de sus propietarios era el huir, y solo despues de algunas palabras de nuestros guias renaciala tranquilidad. Entonces cada cual nos rodeaba, nos tocaba, llevaba la mano á cada parte de nuestro cuerpo, nos agoviaban con un diluvio de preguntas seguidas de un *bu-ai* eterno; de modo que en lugar de observar á nuestro gusto, apenas podiamos bastar á todo lo que exigian de nosotros. Por otra parte el fondeadero en que estaba la *Coquille* estaba muy distante de la poblacion principal, donde están el rey y los gefes; no era posible trasladarse á ella sin pasar un camino molesto, entretanto que cerca del buque no habia mas que dos ó tres cabañas, y las mugeres que las habitaban habian huido y se habian ocultado en lo interior.

Los habitantes de Valam se diferencian entre sí tanto por la talla cuanto por el buen aspecto. Parece que forman dos clases distintas: la de los gefes ó *urosse*, que es notable por su bella conservacion, y la del pueblo, que es mucho menos favorecida. En general los habitantes son de baja estatura y de cinco pies lo mas: muchos habia que no tenian mas que cuatro pies y siete ú ocho pulgadas, siendo los mas altos de cinco pies y dos ó tres pulgadas. Las mugeres son

tambien generalmente pequeñas, pero muy gordas y muy bien formadas. La fisonomía de los hombres es tener frente descubierta y estrecha, cejas espesas, ojos pequeños y oblicuos, nariz chata, boca grande, dientes muy blancos y bien conservados, y las encías encarnadas. Llevan el cabello, que es muy negro y no rizado, largo y atado en el occiput; su barba muy espesa y negra es áspera en algunos (1) y no acostumbran cortársela. Algunos sin embargo se quisieron afeitar á bordo, prueba de que no tienen en ella ninguna idea supersticiosa. No se quitan el vello ni usan la circuncision. Sus miembros son redondos y bien hechos, particularmente la pierna. Su piel es muy dura; y la planta de sus pies, por la costumbre de andar por encima del coral, tiene el grueso de una suela de zapato. El color de su piel es como el de los oceánicos, cobrizo ó bronce claro. No mascan sustancia alguna. Como estos pueblos no están acostumbrados al trabajo, son muelles y afeminados; de modo que pronto se cansan, lo cual es sin duda para ellos el peor de todos los males.

Las mugeres y las jóvenes tienen una fisonomía agradable: poseen dos grandes atractivos, que son hermosos ojos negros llenos de fuego y una boca con la mas bella dentadura que se puede imaginar. Pero comunmente carecen del mas poderoso atractivo, y bajo este concepto están muy distantes de las zelandesas. Sus pechos son grandes, pero habitualmente caidos, aun en las jóvenes, y terminan con una mama grande y negra: son muy pocas las escepciones de esta regla. El color de su piel, menos espuesto al sol, es mucho mas blanco que el de los hombres. Su talla recogida es poco airosa, sobre todo por el esce-

(1) Los mas de ellos no tienen casi barba: es muy escasa y débil, y forma una mechilla muy pobre debajo de la barba.

sivo ensanche de sus caderas, lo cual agradaría á muchos pueblos. Sus pechos pendientes y unidos tienen aquella forma por que acercan continuamente los brazos al cuerpo, y su marcha molesta y embarazosa proviene de su costumbre de estar sentadas, y juntar los muslos para cubrir lo que un estrecho *maro* mal sujeto oculta con dificultad. Las mugeres al vernos mostraban una viva curiosidad; y aun se mostraban contentas de algunas libertades que se tomaban con ellas; el aspecto serio de sus maridos las obligaba á tener un tono mas reservado: algunas eran notables por su dulzura y la espresion graciosa de sus facciones.

Ni mugeres ni hombres tienen mas vestido ni tela sobre el cuerpo que el que cubre las partes naturales. Ambos sexos tienen la costumbre de hacerse un agujero grande en la oreja derecha solamente para colgarse de ella todo lo que se les da, y á veces cosas poco á propósito para ensartarlas, como botellas. Las jóvenes se ponen ordinariamente manojitos de flores de *pancratium* de que al parecer gustan mucho. Frecuentemente con el aire de coqueteria que la muger civilizada, como en la infancia de la civilizacion, posee, las mugeres jóvenes se quitaban de la cabeza aquellas flores olorosas, y procuraban ponérselas en las orejas acompañando al regalo una sonrisa graciosa. Los hombres se cubren tambien el cabello con las flores brillantes del *kalce*, ó los spadices del *arum*.

Aquellos naturales no usan especie alguna de vestido para preservarse de las frecuentes lluvias de su pais. Cuando el sol los incomoda, se cubren los hombros solamente con una hoja ancha de *arum*. Los gefes, por razon de gravedad, parece que no se esponen tanto á la influencia del calor. Son algo mas blancos que el resto de los isleños, y tambien mejores mozos y mas bien hechos. No tienen mas señal

distintiva que los dibujos del picado; sin embargo se ponen plumas en el atadero de los cabellos, y cuando se les dan clavos tambien se los ponen en el mismo sitio y forman con ellos una especie de diadema.

Las mugeres y los hombres llevan comunmente la cabeza descubierta: los cabellos van sueltos y colgando sobre los hombros; pero los hombres los llevan atados en el occiput. Las mugeres tienen ademas una gruesa corbata al cuello, compuesta de un sin número de cordoncillos, cuyas puntas se dirigen hácia un mismo lado y forman un gran copo. No se ponen el *maro* como los hombres: estos se sirven de un pedazo de tela para ceñirse el cuerpo formando una especie de seno que contiene los órganos de la generacion, al paso que el bello sexo usa un *maro* de unas diez pulgadas de ancho estendido circularmente por la cintura y tan mal prendido que es necesario emplear las manos para sujetarlo ó sostenerlo.

El conjunto de las facciones de las mugeres es bastante bueno. Se casan muy jóvenes, porque algunas tenían hijos y parecían tener muy pocos años: cuidan mucho á sus hijos, que llevan á la espalda. Sus trabajos se limitan á lo interior de las cabañas, y jamás las encontramos ocupadas fuera ó en preparar los alimentos. No se sabe si estos isleños son monogamos, pero creemos haber comprendido en el language de un natural inteligente, que cada hombre de las clases superiores podia tener dos mugeres, y por esta regla los *urosses* podrian tener tres ó cuatro. Miran á las mugeres como criaturas de un orden inferior, aunque las trataban sin embargo delante de nosotros con notable bondad y consideracion. Son muy castas, y se debe creer que esta virtud está arraigada en sus corazones, y no procede de los celos escesivos de los hombres, quienes desde el primer momento de nuestra arribada se mostraron singular-

mente distantes de permitir el menor comercio entre sus mugeres y nuestra tripulacion. Los naturales comprendieron muy bien al parecer el sentido de algunas preguntas que los marineros les hicieron, y se reian mucho repitiendo sus gestos espresivos: pero desde el momento mismo todos los que habitaban las costas occidentales de la isla, en frente de nuestro fondeadero, hicieron conducir á sus familias tierra adentro, y á pesar de lo bien que los tratamos, de los regalos que les hicimos, y del cuidado que se tuvo para no causar sospechas á su carácter celoso, los que decian que eran amigos nuestros no quisieron nunca llamarlas. Solamente en lo interior, y sobre todo en el lugarejo de Leli, pudimos ver á las mugeres; y cuando parecia que nos ocupábamos demasiado de ellas, bastaba una mirada para que se retirasen; y aun sucedió frecuentemente que los jóvenes que nos servian de guia se adelantaban de nosotros para que se ocultasen en las cabañas en que teníamos que detenernos.

Esta costumbre de quitar á las mugeres de la vista de los estrangeros, ó el temor de verlas profanadas por desconocidos, es tanto mas notable cuanto mas opuesta es á las costumbres generales de los isleños del mar del Sur que miran este particular con la mayor indiferencia. No quiere decir esto que los naturales de Sandwich, de las islas de la Sociedad y de los Amigos, de las Marquesas y de la Nueva Zelanda prodiguen sus mugeres; sabido es que no ofrecen comunmente mas que las esclavas ó las muchachas de la clase inferior del prebto, con cuyas gracias trafican. Pero los habitantes de Valam no tenían, segun parece, mas que un número limitado de personas del sexo femenino, y que no tenían concubinas declaradas, ni por consiguiente una clase de mugeres entregadas al público. Delicados en punto á la castidad

conyugal, se diferencian mucho bajo este concepto de los pueblos que acabamos de citar; por lo tanto se puede asegurar que los galanes mas determinados de la tripulacion no sacaron fruto alguno de sus galanteos. Sin embargo hay fundamentos para pensar que los gefes, cuya autoridad no tiene mas limites que su voluntad, se habrian prestado mediante algunos regalos, á conceder las mugeres de la clase inferior de sus distritos; porque asi hemos debido interpretar el ofrecimiento de un *urosse* que en la sorpresa que le causó nuestra vista, nos pidió por favor á Mr. Blosserville y á mí, que durmiésemos en el lugar, y permaneciésemos en él, prometiéndonos una muger, cabaña y víveres.

Nada absolutamente conocemos acerca de los ritos religiosos de aquellos isleños; no vimos cabañas que pareciesen destinadas á un culto cualquiera, y no se puede pensar que tengan nociones algunas del mahometismo. Sin embargo la gerarquía y la preeminencia de las castas claramente establecidas, la autoridad omnipotente de los gefes, los rendimientos que se les tributan y religioso respeto que se les tiene, sobre todo la conformacion física de este pueblo, algunas palabras muy usadas, como la de *japan* para designar el O y frecuentemente el N. O., nos autorizan á creer que los isleños de Valam, semejantes en esto á una parte mezclada de los chamorianos de las Marianas, y de los tagolos de las Filipinas, descenden de algunas provincias, no de la India verdadera, sino del imperio del Japon. Efectivamente, al verlos no se puede menos de suponerles este origen que nos parece verídico.

La poblacion de Valam es apacible y tímida; los gefes únicamente tienen la arrogancia que les dá la costumbre del mando. Acostumbrados desde su infancia á una sumision pasiva, las clases del pueblo

respetan á cada una de las superiores á la que pertenecen; nada propio poseen: ellos, sus familias y los objetos de su industria, dependen del *urosse* en cuyo distrito han nacido. Las clases medias son las únicas que gozan de alguna libertad; y fácilmente se concibe que unas leyes tan feudales tienden á no dar energía alguna á su carácter. Serviles por costumbre, sin muchas necesidades, sin relaciones exteriores, viven y desempeñan algunas obligaciones que no son penosas ni rigurosas en un país en que los gefes no habitan mas que en las mismas cabañas, no se alimentan sino con los mismos manjares, y no tienen ningun vestido mas. Asi es que el pueblo es lo mas suave y pacífico que puede citarse, y sin duda que serian necesarios grandes motivos para que procurase vengarse ó atacar á los europeos que visitan su isla. Por otra parte estos hombres no tienen mas armas que palos, y lo que es muy raro en todo el globo, parece que ignoran la guerra. Su pequeña poblacion, dominada por unos gefes que reconocen una autoridad suprema, no tiene disensiones, y la isla puede subvenir á todas sus necesidades, aun cuando se aumentase la poblacion.

Valam está gobernada por un solo gefe, que tiene el título de *urossetoll* ó *tone*. Un gran número de otros gefes, tambien llamado *urosse*s, mandan en los distritos de la isla, ó están cerca del rey en el lugar muy poblado de *Lelé*, establecido en la pequeña isla de este nombre, en la parte Este de Valam. El *urossetone* parece que es elegido por los mas antiguos *urosse*s, y el que estaba en funciones cuando estuvimos allí, era un anciano á quien los años conducian insensiblemente al sepulcro. Observamos que los mas de los gefes eran de edad, y apenas vimos cuatro ó cinco jóvenes y vigorosos. Es prodigioso el respeto con que el pueblo mira al monarca y la veneracion y humil-

dad que se nota en su semblante al pronunciar su nombre, que parece sagrado para ellos, y el cuidado que tienen en ponerse de rodillas cuando encuentran á los *urosos*, acreditan que su poder estriba sin la menor duda en ideas religiosas. Tanta bajeza y servilismo denotan bien un origen asiático. La India, esta antigua cuna de una civilización mucho ha ahogada bajo el imperio casi indestructible de las opiniones supersticiosas, está dividida hace siglos en castas que se odian mutuamente ó se miran con desprecio. La casta de Brama se creeria afrentada por el contacto de un miembro de la vil casta de los *parias*... ¡Pues bien! En Valam se encuentra perfectamente el cuadro de este orden social, tan poco en armonía con la razón. Allí también una débil población está dividida en muchas castas, y la de los *urosos* ó la nobleza reputa como indigna de sus miradas al populacho ó raza vil, destinado únicamente á servirle. Con arreglo á los indicios que nuestras observaciones demasiado restringidas, y por lo tanto incompletas, nos permitieron adquirir, parece que los gefes tienen un derecho absoluto sobre las propiedades y acaso sobre las personas de los hombres de un origen comun que nacen en sus distritos respectivos. Vimos á una muger que acababa de recibir un regalo que uno de nosotros le habia hecho, obligada á entregárselo al *urose* con un solo gesto que le hizo. A otros los despojaban, sin que osaran quejarse, del hierro ú otros artículos que habian recibido en cambio de sus *maros* ó de los frutos que habian cogido. Pero esta obediencia pasiva está impuesta igualmente á los gefes con respecto al rey, y también le entregaban cuantos presentes recibían.

Los *urosos* se diferencian en general del pueblo por una talla airosa, un aspecto más imponente y grave, un dibujo más correcto en el picado y que denota su clase. Sus cabellos están cuidadosamente pei-

nados y untados de aceite; su barba muy blanca en los ancianos les dá una fisonomía venerable. Parece que habitan en la isla muchas tribus diferentes y que se designan con nombres particulares. Según los datos que nos proporcionaron algunos naturales, resultarian, para designar aquellas clases, las siete denominaciones siguientes:

Primero. *Urosse* parece que significa noble, gefe. Este nombre es aplicable á los gobernadores de distrito, á aquellos en fin á cuya presencia el pueblo debe humillarse. La palabra *tone* tomada aisladamente, parece que es un término que significa alto; poderoso, primero y aun gefe de familia. Así el título del gefe principal ó rey es el de *urosstone*, aunque los naturales dicen á menudo y simplemente *urosse* cuando le designan.

La segunda clase es la de los *pennemés*. Nuestros amigos del lugarejo de Tahigue pertenecian á esta casta que corresponde á las profesiones liberales, ó del alto comercio en nuestros estados civilizados. Ellos eran constructores de piraguas, y no cabe duda en que este arte, el primero entre ellos, es distinguido, como que exige saber y habilidad. Otros ancianos que habitaban en lo interior eran también *tones*, y sin duda que por nacimiento conservaban este título de que se envanecían. Observamos cuánta influencia tiene el espíritu de corporación en todos los hombres y la preferencia que se dá á los que ejercen la misma profesión que nosotros. Nosotros dijimos á un anciano jovial de la clase de los *pennemés* que nosotros éramos *pennemés* de la gran piragua; inmediatamente nos dió un abrazo, aplicó su nariz á nuestro pecho y lo olió; lo cual parece que es una muestra de cortesía, porque después la hemos visto repetir muchas veces, y nos costó mucho trabajo el desprendernos de sus brazos pelrosos. Todos los días nos ofrecía frutas

del pan y cocos, siendo así que apenas hablaba á los que tenían el título de *urosses*.

La tercera clase ó la de los *lisiñes* corresponde á la de vecinos. Esta clase goza de estimación y se compone al parecer de los propietarios de la tierras. Finalmente el pueblo bajo llamado *sine* ó *singué* se ocupa en los trabajos mas penosos, y es el que surte de criados y trabajadores. Esta clase está repartida entre los gefes, prepara las comidas y va á recoger los frutos al campo: sirve en las piraguas y va á cortar ramaje para techar las casas; en una palabra, está reservada para la servidumbre. Parece que hay otras tres divisiones, que son la de los *lias* ó *neas*, la de los *metkao* y la de los *memata*. Pero nos parece que estas dos últimas son dudosas, y nos inclinamos á creer que son nombres de profesion ú origen, poco usados aun por los mismos naturales.

Por el orden que aísla á cada una de las clases, se echa de ver que la consideracion que heredan los hijos nacidos en tal ó tal casta no puede provenir mas que de un pueblo antiguamente civilizado. La filiacion de las ideas de aquellos á quienes circunstancias imprevistas hayan conducido á aquellas islas se habrá perdido ó se habrá reducido á la mas simple tradicion oral.

Un hecho digno de notarse es la diferencia de instruccion que caracteriza á cada casta, y aun el lenguaje que habla cada una de ellas. Se concibe que para formar un vocabulario, no es una pequeña dificultad la de tomar las palabras del primero que se presente. Frecuentemente un *pennemé* nos daba el nombre de un objeto ó de una parte del cuerpo, al paso que el *sine* que estaba al lado, daba otro, á veces muy diferente al mismo objeto que se mostraba tocándole. En general los gefes tienen mucha mayor instruccion; su inteligencia comprendia fácil-

mente lo que se les preguntaba, y para que no hubiese equivocacion, frecuentemente repetian por señas ó gestos espresivos lo que servia para caracterizar el objeto cuyo conocimiento se deseaba. Su pronunciacion es limpia, sus palabras bien articuladas, al paso que el pueblo tiene una pronunciacion viciosa y que varia á cada instante. Tuvimos proporcion de poner á prueba los conocimientos de un *pennemé*, trazándole en un papel el curso del sol. Supo espresarnos muy bien la idea que tenia de su carrera, indicándonos que giraba al rededor de la tierra, y que por la mañana *huat-atake*, salia el sol; que al medio dia estaba sobre su cabeza, *kune inelene*, y que por la tarde se ocultaba en el mar, *fune cofo*, yendo á alumbrar á otras tierras. El dia se llama *lenelique* y la noche *fugaonu*. A los meses los llamaba una luna, *aluaité*, y nos pintaba tambien como pensaba que este astro giraba al rededor de la tierra en sentido contrario del sol. No se pudo sacar ningun resultado satisfactorio á algunas preguntas que se le hicieron para saber si tienen algunas tierras en sus inmediaciones: parecia que nombraba dos islas *Huat* y *Necat*, y sobre todo una al Oeste cuarta al Sudoeste de Valam, que llamaba *nun Monsol* (1).

La isla de *Valam*, dividida en tres distritos y gobernada por *urosses*, tiene un número reducido de habitantes; no se pueden apreciar las causas que tienen á la poblacion en tan estrechos limites, y no sabemos si acaso algunas instituciones viciosas prescriben el sacrificio de niños cuando mueren los gefes, ó si procedé de insalubridad del clima. El pueblecillo de *Lelé*, que es el punto mas poblado de

(1) Probablemente esta palabra significa otra cosa que el nombre de una isla; porque *monsol* ó mas bien *molsul* significa la mar, tomada en su estension.

toda la isla, debe tener de quinientas á seiscientas almas. El resto de Valam no contiene mas que grupos de tres ó cuatro cabañas ó casi aisladas, principalmente á orillas de las playas areniscas, ó en los valles interiores. De modo que no se puede estar lejos de la verdad, si se calcula en dos mil habitantes la poblacion total de la isla.

Pregúntase cual es la palanca que mantiene el órden establecido en aquel pequeño pueblo aislado; cuales pueden ser los castigos que se impongan á los que falten á aquella obediencia ciega que exigen los gefes; cómo es que unos hombres inclinados siempre á traspasar los límites de sus obligaciones, estén tan sometidos á algunos individuos que se transmiten una autoridad tan despótica. ¿Las ideas religiosas tienen alguna influencia, y son acaso los gefes simultáneamente ministros del culto? Esta última opinion sería muy probable, tanto mas cuanto mayor es el santo respeto que los naturales profesan á los sepulcros, y particularmente á los de los *urosses*, que levantan con esfuerzos consagrándoles homenajes públicos; y hasta los de sus allegados los colocan en sitios escogidos, rodeándoles de todo cuanto exige un religioso recogimiento.

El pueblecito de Lelé, punto principal en que se hallan reunidas las habitaciones de los naturales, está construido en un islote unido á Valam tan solo por un arrecife, por el cual se puede caminar con el agua á la cintura. Este pueblo está en una situacion poco ventajosa; en medio de un cieno inficionado cubierto de nopales, al paso que un agua corrompida y hedionda se estanca en la especie de calles que conducen á los varios grupos de cabañas. Estas regularmente ocupan los oteros, y las del rey y de los gefes están situadas al pie de una alta colina. La forma de estas habitaciones es muy agradable, y su construc-

cion muy ingeniosa: están esparcidas por el contorno de la bahía, y en medio de los arboles que están á lo largo de las orillas; y su corte estraño, elevándose entre aquellos vegetales imponentes, sombreadas por los cocoteros, les dá un caracter nuevo que aun no habia atraído nuestras miradas. Estas cabañas son muy grandes, tienen hasta cuarenta pies de altura, y una longitud proporcionada. Su techumbre es desmesuradamente grande, y cae casi hasta el suelo, deteniéndose en un cerco de madera de unos tres pies de alto. La cúspide de cada cabaña forma un arco abierto hácia el cielo; la techumbre está formada con hojas de vacua y se une por simple juxta posicion de los dos lados á la cúspide, y no descansa sobre una madrina ó madero atravesado. Las paredes laterales son de listones de una madera ligera y blanca del *hibiscus* atadas á unos montantes á distancia de media pulgada unas de otras, y á los lados dejan unas puertecitas. Estas tablitas están labradas con esmero y pintadas de varios colores. La delantera y la trasera de la casa tienen la singularidad notable de que lo alto entra mucho debajo del techo, y forma una especie de guarda-polvo. Este sitio está adornado con esmero, y dejan abiertos unos espacios entre las tablillas para que por la parte superior circule libremente el aire por las habitaciones. La porcion inferior de la fachada tiene un alpende avanzado, que termina tambien á tres pies del suelo ó á una cubierta, ó la dejan sin techar. El suelo del edificio se compone de bambues pequeños ó de cañas cuyas puntas, de igual longitud, unidas unas con otras, forman un pavimento muy aseado y fresco. Los isleños tienen mucho cuidado de estos edificios, particularmente los gefes cuyas habitaciones aunque construidas por el mismo modelo, son mas espaciosas, mejor hechas, y no presentan un pedazo de madera,

sin que esté pintado de colorado, negro, amarillo ó blanco y muy pulimentado. Algunos compartimientos están establecidos en un lado, y sirven de cuartos de dormir: la cama de aquellos naturales consiste solo en una estera tendida en el suelo. Todas las casas que vimos no ofrecian mas diferencia sensible que el mayor ó menor cuidado que habian puesto en su construccion, ó en su tamaño y modo de mantenerlas. Las puertas son ordinariamente muy bajas, y es necesario bajarse mucho para entrar en las habitaciones interiores. En las de los gefes hay puertas grandes de dos hojas que se abren en las visitas de ceremonia.

Los demas trabajos de los naturales consisten en fuertes paredes que llaman *pot*, que levantan con muchos esfuerzos sin duda, si se ha de juzgar por el volumen de las piedras, y por los escasos medios con que aquellos naturales cuentan. Asi es que el lugar de Lelé, en la isla del mismo nombre, está dividido por calles y cuarteles, al mismo tiempo que el circuito de la isla ofrece una especie de circuito compuesto de masas de madréporas. En lo interior de la isla llamaron nuestra atención unas murallas altas y formadas con enormes piedras macizas. Despues supimos que aquel lugar era el de los sepulcros de los *urosos* y los naturales pusieron el mayor cuidado en repeler de aquellos sitios á los que trataron de penetrar. El tal cementerio está muy elevado, puesto que la tierra parece que está casi al nivel del muro, que tiene quince pies de alto, y allí han plantado algunos plátanos y cocoteros. Seria muy interesante profundizar las ideas morales de aquel pueblo, conocer sus opiniones en punto á religion y sobre una existencia futura, sobre todo si se pudiese asistir á algunas de sus grandes ceremonias, como los funerales de un *urose*. En varios puntos de la isla hay unos pequeños islotes

que los naturales han revestido de muros cuadriláteros, cuya significacion no pudimos saber.

Quédanos que hablar ahora de otro género de casas que al parecer pertenecian al público, y en donde se reunen los naturales y aun preparan sus alimentos en comun: les dan el nombre de *lomme unu* y algunas veces *paé*. Son mucho mas grandes y menos aseadas. No hay grupo de tres ó cuatro cabañas sin que haya una casa de estas. Allí tienen depositadas las hachas de piedra para trabajar, y las largas lanzas puntiagudas para la pesca. Los racimos de plátanos que sirven para el consumo diario, están colgados del techo. Tanto en estas como en las otras hay muy pocos útiles de menage, de los cuales, son los principales algunos dornajos de madera, en que precipitan la fécula de la raiz venenosa del *arum macrorrhizon*. Algunas escudillas de coco, una moleta para moler el fruto del pan ó la pimienta, algunas esteras ordinarias, el telar en que las mugeres fabrican los *maros*, son todos los muebles poco mas ó menos de los isleños de Valam.

La casa grande comun, en que los gefes nos recibieron en Lelé, se parece á todas las demas que están esparcidas en los varios distritos de la isla. El perímetro de estas grandes cabañas está rodeado de un pavimento de bambues, en medio del que han dejado un grande espacio cuadrilátero en el suelo mismo, para establecer los hogares que sirven para la cocina. Son poco profundos, están formados con gujarros redondos de trachylis que se calientan fácilmente, y que colocan de modo que rodeen los frutos de pan que se cuecen y colocan en el agujero envueltos en hojas de plátano, cubriéndolos con una especie de cobertera de piedras calentadas con anticipacion. Mientras que los criados de la clase de los singués preparan los alimentos, están sentados los viejos en unas esteras, asi como